

Del libro inédito:

“Del placer y la muerte”

Gaby Vallejo Canedo

Del placer de la piel

Cuando pudo levantar a la niña y lavarla inició el rito que la salvaría de la frialdad. Empezó por los dedos rosados de los pies. Cada pequeña porción de la piel recibiría de su madre el contacto primero con la vida. Besó las puntitas transparentes de las uñas y penetró con la caricia de sus yemas a la rica energía que bullía detrás de la piel de su niña. Fue conociendo la planta, los minúsculos tobillos, el pequeño montoncito del empeine y así fue alcanzando una silenciosa comunicación de pieles.

Cuando llegó al pubis lo tocó con piedad, con amor besó la limpia piel que cubría el misterio de su sexo. Le abrió un poco y con el dedo mayor le transmitió un poco de calor al escondido clítoris. Sus dedos caminaron por el ombligo, los diminutos pezones, las axilas. La niña tenía en el gesto, una dulzura de ángel en pecado.

Quiso que todo el cuerpo de su niña aprendiera el goce de la piel desde pequeña. La levantó tomando el delicado cuello y las piernecitas y la volcó completamente. Besó las palmas de los pies. Sus dedos de madre recién parida fueron cargando de amor, las piernas, las caderas, los glúteos. No dudó si Gomorra o Sodoma, puso la palma sobre el otro misterio de la sexualidad y le acarició suavemente. El ritual procedió.

Bajó desde la nuca, por las vértebras del yacer, del descanso, del relajamiento hasta la cintura. La niña fue traspasada toda por el bautizo de la piel. Fue iniciada en el placer por un extraño rito maternal.

-No serás como yo -le dijo al final.

Recordó la voz de la enfermera con la que vivió hasta los tres años. “Sabes, tenías el cuerpo tan pequeño y flaco cuando te recogieron. Nadie creyó que sobrevivirías, pero respondiste a los sueros, a los alimentos intravenosos. Respirabas. Estabas viva. Sin embargo la carita. Parecías decidida a morir. Solamente llorabas y dormías de cansancio. Ibas a consumir tu propia muerte, sola. Estaban secos tus pañales. No había nada que cambiarte.

Recuerda que quisiste llorar pero preguntaste -¿Quién era mi madre? ¿Apareció alguna vez?

-No. Ya no importa. Tu rechazo a la vida sobre ese colchón de hospital ya duraba tres días. De pronto, te tomé en los brazos, por primera vez. Te apreté contra mi pecho, te acuné, te acaricé la cara y te callaste. Aceptaste el biberón. Un poco, casi nada, pero habías chupado la vida. A ninguno del hospital se nos ocurrió pensar algo tan claro. Nadie, ni tu madre que te dejó en el jardín trasero, te había tomado contra su cuerpo, te había calentado ni había tenido una caricia para ti. Así llegaste a mis brazos y te apropiaste de mi tiempo, de mi cariño”.

Sonrió a la buena mujer del recuerdo en los ojos de su niña y continuó el rito del presente.

-No serás como yo -repetió. No tendrás padre, ni importa. Pero a ti, nadie te dejará porque “estás fría, porque siempre eres fría, porque jamás aprenderás a no estar fría”.

Muerte por la piel

Este hombre tan rico, tan poderoso, dueño de la mayor cadena de hoteles y negocios varios, iba a cometer el peor de los crímenes.

Cuando murió su esposa fue para él una liberación, pero jamás presintió que desde entonces iba a empezar su peregrinaje por la enfermedad y la muerte. De pronto, en la piel de su hijo aparecieron los primeros colores. Quizá las manchas no significarían nada. Los dermatólogos le trataron de un raro tipo de vitiligo, de lepra blanca, lesmianasis, un gusano de los yungas de los que entran a la piel y se la comen.

Aumentaron las iniciales sarnas detrás la orejas, los escozores en la axila, en la nariz. Más luego, las supuraciones, los cambios de color y de lugar. Entonces, decidió viajar con el hijo al Brasil, donde había estudios avanzados sobre enfermedades tropicales de la piel.

El hombre dejó sus negocios en manos de empleados de confianza y fue con el hijo a dejar -los dólares que quisieran- por la recuperación de la piel limpia de su hijo. Pero la maldición sin nombre hizo el ingreso silencioso al interior de la nariz y empezó a deformarla, a provocar hinchazones, a producir supuraciones sanguinolentas.

Y sucedió que ya no llegaban a la casa los compañeros de estudio de la universidad. Las llamadas telefónicas eran cada vez más ausentes. Ya nadie visitaba la casa. La soledad del joven fue cada vez más amarga. Los sirvientes se fueron atemorizados del contagio y empezaron a tejerse las telas de los rumores. El teléfono sonaba sólo para los asuntos de los negocios del padre. Un horrible silencio rodeaba la casa. Sin que se sepa quién lloraba, se oía por las noches sofocados llantos. El padre aprendió a no dar mano a los otros por temor al rechazo. Ya había sentido su

mano al aire, terriblemente sola frente a algún amigo. Los negocios fueron quebrando poco a poco. Se fue cerrando el círculo fatídico.

El padre decidió ese día. Miró al hijo con infinita ternura. Se paró detrás de él. Le fue pasando los dedos por las pústulas del cuello.

-Perdóname. Te quiero mucho -le dijo. Le puso el revólver detrás de la nuca y disparó. El cuerpo sorprendido resbaló desde la silla. La sangre corrió sobre la alfombra.

-Hubiera querido lavarte el cuerpo -le dijo con el llanto cortando la voz. Pero para qué ya.

Se sentó en el suelo la lado del hijo. Tomó una de sus manos y la besó. Con la otra mano metió el cañón en plena boca.

Las sangres estaban juntas y juntas las pieles de la muerte.

Gaby Vallejo Canedo.
Escritora cochabambina

